



## *Fieles a la realidad*

José María López

En los últimos tiempos las noticias de los medios de comunicación y los comentarios de calle giran en torno a la coyuntura social que nos toca vivir: dineros públicos robados, corrupción a mansalva, desahucios, con el drama que supone desenraizarse una familia de la propia casa que le daba cobijo, aliento, reposo y paz, para quedarse a la “intemperie”, y paro, excesivo paro, mientras los responsables de buscar soluciones, los políticos a los que hemos elegido para que gestionen la cosa pública y los que querrían gestionarlo, pero que deben hacer una real y leal oposición, se dedican a lanzarse “dardos”.

La gente con la que yo hablo, que suele tener bastante sentido común, no entiende esto y se pregunta si, en lugar de andanadas y “el tú más”, no es hora de hacer un gran pacto social, que reconozca y asuma los fallos del sistema, proponga vías de regeneración humana, política y social y afronte los problemas reales de la gente.

Es cansino volver a repetir lo mismo, pero este sistema no funciona, la pobreza y la exclusión social crecen, mientras unos pocos se enriquecen a mansalva. Me gustaría más ser capaz de escuchar los latidos de la vida y no solo de los que peor lo pasan, describir el amor comprometido de tanta gente sencilla que aporta esperanza a su alrededor, expresar el rostro luminoso de los que desgastan su carne en luchas sociales, sintiéndose compañeros de los últimos. Me gustaría acercarme a la sagrada realidad, que nos toca vivir, con profundo respeto, con admiración contemplativa y serle fiel, pase lo que pase. Pero ¿quién no sabe que el mundo que habitamos es injusto y desigual? Y sin embargo, tal vez no queramos saber que todos somos parte de esa injusticia y de esa desigualdad, aunque con distintos grados de responsabilidad.

De manera ingenua creemos casi siempre que nuestra sociedad será más justa y humana cuando cambien los demás, y cuando se transformen las estructuras sociales y políticas que nos impiden ser más humanos. Las estructuras, sin embargo, reflejan demasiado bien el espíritu que nos anima a casi todos. Reproducen con fidelidad la ambición, el egoísmo y la sed de poseer que hay en cada uno de nosotros. Necesitamos gente que nos lo recuerde, sin que por ello les condenemos al ostracismo.

Jesús aparece en el evangelio de las misas de hoy recordando a sus paisanos de Nazaret que “ningún profeta es bien mirado en su tierra”, sobre todo si recuerda a los suyos que no son mejores que los demás, que nadie tiene la verdad en exclusiva, que el bien lo puede realizar todo el mundo, “aunque no sea de los nuestros” y que el

amor de Dios se revela a todos los hombres y mujeres, sin exclusiones. Por decir esto le quisieron despeñar por un barranco.

Termino el artículo con una oración, que invito a rezar a todos, aunque no compartan mi fe:

*“Que no se me acostumbre, Señor,  
el corazón a los desahuciados de casa y esperanza  
y crea que son árbol normal del paisanaje...”*

*Que no se me acostumbre, Señor, el corazón  
a la mirada ausente del que busca trabajo  
y crea que es normal que ahogue en alcohol su perra suerte...*

*Que no se me acostumbre, Señor, el corazón  
a ver “morir” lentamente al inmigrante en la vergüenza,  
sin derechos, sin salud...*

*Que no se me acostumbre, Señor, el corazón  
a la clase desigual, a la educación de relleno...*

*Que no se me acostumbre, Señor, el corazón,  
a decirte estas cosas y quedarme tan tranquilo”.*

El Adelantado de Segovia, 3 de febrero de 2013 / Opinión / Religión y Sociedad